

Lolita
GEMMA LIENAS

Yo estaba seguro de que teniendo la pierna mala ella nunca se iba a fijar en mí. Usted se ha dado cuenta de que ando raro, ¿no? La derecha funciona bien, pero la izquierda... ¡Uf! Con ésa parece que vaya matando cucarachas todo el rato. Se la enseño, si quiere... ¿Ve estos hierros? Son para sujetarla, porque no tiene fuerza. Se quedó así cuando cumplí tres años. Me dio un paralís. Dice el Marlon, o sea, el profesor Ramírez, que eso se llama la polio, no un paralís, y que la culpa fue de mi madre, por no darme la vacuna. Ahora qué más da de quién fuera la culpa, me chilla ella, si se lo digo y está de buenas. Si está de morros, mejor abrirse sin decir ni mu. El caso es que la voy arrastrando, y el pie se mueve así, ya le digo: como si estuviera aplastando una hormiga; al final, después de un ratito de simecaigonomecaigo, consigue ponerse junto al pie derecho. Ya me he acostumbrado, no se crea... Llevo muchos años con la pierna de ese modo; seis ya... ¿Por qué piensa usted que el Mohamed, la Sole y los demás me llaman el Patapalo? Pues por eso. Aunque yo prefiero que me llamen Hip-hop, que es ese baile que se le da tan bien al Rafa... ¿Ha visto usted cómo se mueve en la acera o en mitad de la calle? ¡Jo! Es un fiero el tío. Parece de goma... Se retuerce y salta y se dobla como si fuera un muñeco con pilas de ésas. A veces los conductores de los coches que han tenido que pararse se ponen de los nervios. ¡Quítate de ahí!, le gritan; ¿no ves que llevamos prisa? Pero casi siempre se quedan mirándole sin cabrearse ni nada. Porque mola mucho ver sus brincos y volteretas, y esos gestos como de máquina. Le digo al Rafa: caray, tío, qué pelusa me das; lo que me gustaría bailar así. Y ¿usted sabe qué me contesta? Que él se pone verde de envidia porque yo, con mi pierna de hierro y matando cucarachas, parece que le doy al Hip-hop todo el jodido día. Eso dice él: todo el jodido día dándole caña al cuerpo. Es muy simpático el Rafa, ¿sabe? Pero los otros siempre me llaman el Patapalo. Hasta el

Marlon, cuando en clase pasa lista, se ha acostumbrado a decir Patapalo. Patapalo, buenos días. ¿Estás ahí? ¿No te has dormido hoy? Yo no me enfado por que me llame así. Total...

En la clase nunca habíamos tenido a nadie como ella, ¿sabe, usted? No. En mi clase las niñas se parecen más a la Mari, un poner. ¿Usted conoce a mi hermana? Seguro que la tiene vista del barrio: es una grandota, en invierno muy abrigada con una chaqueta negra gruesa, que siempre tiene frío, la pobre. Y el pelo revuelto. O se parecen a la Sole, con pupas en los labios y en las mejillas. Pero, como la Lola, nunca habíamos tenido ninguna. Hace cinco meses que se vinieron a vivir a nuestra calle. Me acuerdo muy bien porque fue cuando yo cumplí los nueve. Ese mismo día, atropellaron al perro del Santi. Un coche le pegó una galleta y lo dejó despachurrado en mitad de la calle, con las tripas fuera del cuerpo. El Bolinga era un perro cachondo, aunque siempre se estaba tirando cuescos. Cuando nos acercamos a mirar, el chucho aún se movía. Parecía mentira que, con todas las tripas fuera, siguiera vivo. Pero no duró mucho; eso es verdad. Al Santi le dio mucha rabia. Dijo que si cogía al bestia que había asesinado al Bolinga lo mataba muerto. Luego, el Santi cogió un palo y levantó las tripas, porque quería enseñarnos que eran muy largas, ¿sabe usted? Como una manguera blandita y enrollada. Bueno, cuando lo hizo, el perro ya había estirado la pata. El Santi no quería dejarlo en mitad de la calle, porque se lo iban a comer las ratas. La Sole dijo que podíamos enterrarlo, pero, como no sabíamos dónde, al final lo tiramos a un contenedor de la basura. Total, para la basura nadie los usa.

Esa misma semana llegó la Lola, con su madre y el Rafa... ¿Usted sabía que el Rafa y la Lola son hermanos? Pues llegaron con una furgoneta llena de trastos, como tres colchones y una mesa y así. Se metieron en los bajos que hay al lado del bar La Palmera. Desde la ventana de mi casa, o sea, la del comedor, que es la única que da a la calle, vi cómo entraban sus cosas. También vi a la Lola. Pero no pude fijarme bien en cómo era. Eso fue unos días después, en el colegio. Cuando abrió la puerta de la clase, todo el mundo se calló. Hasta el Marlon se quedó pasmado. La Lola era..., era como si saliera de una película, ¿sabe usted qué quiero decir? O sea, como que no fuera de verdad. Tenía el pelo muy largo y bastante rizado; parecía una

cascada. Una cascada negra y brillante. A mí, ella me recordó a una india de una película. Bueno, no estoy seguro de si era una india de una película que había visto en la tele, o de una de las que me gusta inventarme en mi cabeza. Pero una india, sí. Además, con aquellos ojos tan grandes y negros. ¿Usted se ha asomado alguna vez, de noche, a la fuente de la placita? Pues lo mismo era mirar en sus ojos. Oscuros, oscuros, como el agua del fondo de esa fuente. Y brillantes. Como cuando la luna se refleja en el agua. Lo mismo. No se vaya a creer que tenía pupas o granos en la cara. ¡Qué va! Su piel era -vaya, es- blanca y lisa. Suave, pensé, aunque no se la había tocado, claro. Y unos labios rojos, rojos, como una amapola en medio de su cara. Era una niña distinta. En eso, todos estábamos de acuerdo. Tampoco iba vestida como las demás. Siempre lleva lo mismo. Usted lo habrá visto, ¿no? Un jersey rojo de cuello vuelto, con las mangas un poco cortas. Y falda negra mini. Las medias rojas, del mismo color que el jersey y los labios. Y en los pies esas botas como de soldado. ¿Sabe qué le digo? Que cuando la vi a ella con esas botas, se me pasaron a mi las manías por las que me obligan a llevar. Teniendo mi pata de palo, no me dejan poner zapatillas deportivas, como las de la Sole, el Mohamed o el Santi. El Mohamed ahora lleva unas nike. Él dice que se las encontró tiradas en el solar del fondo de la calle. Pero a mí me da en la nariz que las consiguió de otra manera. Que el Mohamed, con una jeringa en las manos, hace maravillas en La Rambla. Yo siempre he tenido que calzarme esas botas. ¿Las ve usted, que feas son? Les tengo una hincha... Pero, si me quejo, mi madre pilla uno de sus berrinches y me suelta: que te calles, o te doy una hostia que la pared te dará cuatro. Pues, cuando vi a la Lola tan feliz con sus botas militares, las mías empezaron a molarme.

La Lola entró muy seria en la clase. Y el Marlon la miró fijo, muy fijo, sin decir nada. Luego, el Marlon le dijo que fuera a sentarse donde había un asiento libre. ¡Menuda potra, oiga! La única silla sin ocupar era la que estaba a mi lado. ¡Casi no lo podía creer! La princesa india iba a sentarse cerca de mí. Vino y se sentó. Yo no me atrevía a mirarla. La olía, eso sí. ¡Jolín, qué olor tan distinto al de mi madre y al de la Mari! A veces, ellas dos huelen un poco chungo, la verdad. Ella olía como a ese perfume que echan en el cine de la placita. No creo yo que la Lola quisiera oler como un cine, claro. Sería que usaba un jabón que olía bien. En mi casa, el jabón no huele ni bien ni

mal. No tiene olor. Es una pastilla grandota que la Mari utiliza para lavar la ropa. O sea, que no me atrevía ni a mirarla. Tampoco a mover el brazo por miedo a tocarla. Estaba atontado. Como en una nube, o en una película o en un sueño. No sé... Algo raro. ¿Será así cómo se siente el Rafa cuando esnifa cola? Yo casi no podía ni respirar. El corazón me iba como si fuera un caballo indio, corriendo, corriendo... Hasta entonces el corazón sólo me había ido al galope algunas veces: cuando veía a la Mari en pelotas, que a ella no le importa lavarse delante de mí, ¿sabe? También cuando tocaba las bragas y el sujetador de la Mari o de mi madre. Y es verdad que también se me puso así cuando chafaron al Bolinga. Pero con la Lola, era distinto. Era todo el tiempo, todo el tiempo. Y si me miraba, más aún.

Aquellos primeros días fue cuando empecé a inventar películas con la Lola. En una, va y llega el Rafa corriendo y grita: ¡tron, que se han llevado a mi hermana! Yo le digo: ¿quién? ¿por qué? El Rafa no lo sabe. Cree que son los mismos que se llevaron a la Nazik. ¿Se acuerda de la niña mora que desapareció? El Rafa me dice que a la Lola la han encerrado en el almacén del Farlopa. ¡Jobar! Ahí cualquiera se atreve..., sacarla del almacén del Farlopa es más difícil que cagar para arriba. Eso cree el Rafa. Pero yo no me acojono. Por la noche, cuando todos duermen, agarro la pipa del Juan... Mi hermano ya no la necesita, ¿sabes usted? Se fue de casa hace mucho y se la dejó olvidada debajo de la cama. Envuelta en un periódico. Yo sé que un día volverá a buscarla. Aunque mi madre cree que ya nunca más lo verá. A veces está contenta, que le zurzan, al capullo ese, a ese malnacido, chillar. Pero, otras, se pone triste, sobre todo si ha estado bebiendo; entonces sentada en la silla, se mueve para adelante y para atrás, como si se meciera, y llora: mi Juanito, mi rey, ¿qué te han hecho? Yo sé seguro que un día vuelve a por su pipa. Si es imposible que mi hermano se pasee tanto tiempo por la ciudad sin ella... Rosalía, la llamaba ¿sabe, usted? A la pipa, quiero decir. La cojo. Salgo de casa sin meter bulla. Voy hasta el almacén. Llamo a la puerta. Toc, toc, toc. ¿Quién va?, pregunta alguien desde dentro. No digo nada. Se oye ruido. Alguien se acerca al portalón metálico. Lo abre un fulano. Entonces, le pongo la pipa contra las costillas y le digo: congélate. Eso lo saqué de una película americana. Los polis le decían congélate a un tipo que estaba asaltando una gasolinera. O sea, que se quedase quieto, ¿sabe,

usted? Sin moverse ni un pelo, si no, los polis le freían allí mismo. ¿Ustedes no lo dicen nunca: congélate? ¿No? No. Debe de ser sólo cosa de los polis americanos. El tío se queda congelado. El de dentro también. Entonces yo digo: ¿dónde está la chica?; vengo a llevármela. Oigo cómo un suspiro o un quejido, que no se muy bien. Y veo a la Lola en un rincón, con las manos atadas y la boca amordazada para que no pueda gritar. Desátala, le ordeno a uno de los tíos. Él me obedece mirando fijo la pipa. Entonces, le digo a la Lola que coja una cuerda y los ate a los dos. Luego, les ponemos un pañuelo en la boca para que no puedan gritar. Y nos vamos corriendo. Bueno, mi pata de palo no me deja correr, pero la Lola me espera. Cuando llegamos a la placita, nos sentamos junto a la fuente y la Lola me coge de la mano y me da un beso. Al llegar a este punto de la película, mi corazón galopa más deprisa que nunca y siento que mi pito se mueve. Mucho más que cuando toco las bragas y el sujetador de la Mari.

A mí, ir al colegio siempre me ha parecido una bronca. Me gustaría quedarme en la calle, como hacía el Juan. Pero me da miedo mi madre, que me suelta unas matracas de la leche. Siempre acabo cobrando cuando ella se cabrea. Bueno, hasta hoy también me daban canguelo los polis, como usted. Pensaba que si me pillaban haciendo pellas me metían en la cárcel. Eso es lo que siempre me dice la Sole. Ahora, después de haberle conocido a usted, los polis ya no me dan miedo, ¿sabe? Bueno, cuando la Lola apareció en el colegio, como que me entraron muchas ganas de ir cada mañana. Por eso me daba mucha rabia siempre que mi madre se quedaba sobando y se olvidaba de despertarme. Antes de la Lola, me daba igual. Aunque los cuidadores del comedor del barrio me dijeran que tenía que aprender a levantarme solo. Bueno, es que ésos... Ésos están cargados de hostias. ¿Pues no nos dicen que tenemos que lavarnos los dientes y la cara todas las mañanas? Cuando te quites el pijama, me dicen, te pasas por la ducha... ¡Jobar! ¿Qué pijama y qué ducha? En nuestra casa no hay ducha, ¿sabe? Vaya, ni en la mía, ni en la de la Sole, el Santi o el Mohamed. Cuando nos lavamos, es en la cocina. La Mari sí se lava. Más que yo, desde luego. A veces la Mari parece un poco gili. Pijama tampoco tengo; duermo con los calzoncillos y la camiseta. ¡Oiga!, más fácil vestirse por las mañanas: me pongo los pantalones y el jersey encima, ¡y a correr! Pues, desde que

llegó la Lola, me pilló unos cabreos si no me levanto a la hora. Pero ya casi nunca me ocurre... Como tengo tantas ganas de verla, me despierto que todavía es de noche.

El Santi y el Mohamed dicen que la tía es un petardo, que no tiene tetas ni culo. Que está mucho más buena la Mari, porque ella sí tiene mucho de todo. También les gusta la Sole, porque ya cumplió los diez y le han empezado a crecer las tetas. Yo no les he dicho que la Lola me parece tope. No lo entenderían. Dirían que soy un merluzo. Pero, aunque dijeran eso, mi corazón seguiría cabalgando igual que el caballo de los indios. Al principio, en clase, cuando ella me miraba o me hablaba, yo me quedaba como sordomudo. ¿Se acuerda del Tapia? ¿Ése que no podía ni oír ni hablar? Yo, igual. Me daba como un parális, cuando ella me hablaba. Su voz era muy suave. ¿Usted ha visto los peluches esos que vende el Alí en La Rambla? Ésos que son de color rosa y blanco. Pues la voz de la Lola es igual. Cuando la oía me daba cosquillas, primero en las mejillas, luego en el pecho. Además, el pito se me movía. Entonces era cuando me quedaba sordomudo. Luego, me acostumbré a oírla y, un día, le contesté. Ella sonrió. Y yo, sólo con la sonrisa, otra vez me monté en la nube. O en la película o lo que fuera aquello. Bueno, el colocón, que diría el Rafa. Sólo que él se coloca esnifando botes de cola, y yo, esnifando a la Lola. No se crea usted que ella sonrío a menudo. ¡Qué va! Si es muy seria. Sobre todo cuando trabaja. Y siempre está trabajando. No como yo, que prefiero mirarla a ella. La Lola se fija en su libreta y en que las palabras no le queden torcidas, y escribe sacando un poco la lengua entre los labios esos tan rojos que tiene.

Pues, ese día me sonrió. Se le quedó la cara como La Rambla en Navidad: llena de lucecitas. El Marlon vino hacia nuestra mesa. ¿Qué pasa aquí?, preguntó. ¿ Patapalo no te deja trabajar, Lolita? El Marlon siempre la llama Lolita, aunque todos los demás la seguimos llamado Lola, que ella lo prefiere. Pero el Marlon siempre le pone a la gente los nombres que le salen de la pimporreta. Por algo es el profesor, ¿no? Yo quería decirle: corta el rollo, carabollo. Porque me había fastidiado que viniera en aquel momento en que la Lola tenía las lucecitas de Navidad encendidas. Pero el tío no se largaba y seguía soltando el rollazo de siempre. Le dice a la Lola que él es como si fuera el padre que ella no tiene. La Lola vive con su madre y el Rafa.

Dice que nunca ha tenido un padre. ¡Anda, ya!, le contesta la Sole, pues claro que habrás tenido uno; sólo que se habrá dado el piro, como hacen todos. El mío, ¿sabe usted?, también se fue; después de que nacieran los gemelos, Isabel y Edu. Un día dijo: esto no se puede aguantar. Se largó dando un portazo y no le hemos vuelto a ver; como al Juan. Que broncas es el Marlon. Aunque algunas niñas le encuentran muy simpático. ¿Usted sabe por qué le llaman el Marlón? Cuando el Juan todavía vivía con nosotros, me dijo que todo el mundo le llama así porque es bastante guaperas. O sea, que le llaman igual que a un actor de cine. Uno que ahora está viejo y gordísimo, me contó la Mari. Pero que antes estaba como diós. ¿Usted ha visto qué pelo tiene el Marlon? Ondulado y suave, me parece a mí. Se lo echa para atrás con una mano. Así, como pegándose un manotazo. Y tiene unas pestañas muy largas y unos ojos oscuros, aunque no tanto como los de la Lola. Algunas niñas dicen que es guapo. Sobre todo las mayores. Yo no sé, oiga. No me gusta mucho el pelo que lleva. A mí me gusta el pelo cortado a cepillo, aunque un poco largo de delante. Para poder llevar un tupé en la frente. Así, como el mío. ¿Usted se ha fijado en mi tupé? Me lo empecé a dejar cuando la Lola llegó al colegio. ¡Caray! ya que tenía la pata de palo, por lo menos que se fijara en mí por el peinado, ¿no, usted? Así que, cuando los cuidadores estaban distraídos, mangué una botella de agua oxigenada del comedor del barrio... Oiga: por eso no me va a meter usted en la cárcel, ¿no?... . Menos mal. ¡Qué canguelo me había dado! Bueno, pues la choricé y me la llevé a casa. Desde entonces, cada día me daba agua oxigenada en el tupé para que se me pusiera rubio. Y se me puso, ¿ve usted? Por las noches, antes de acostarme, me mojo el tupé y le pongo fijador. Luego, con un cepillo redondo de la Mari, le doy esa forma así: como subido para arriba. Con tanto fijador, cuando se seca se queda igual que un caracolillo mirando al techo. Pensé que quizás con ese tupé, la Lola me iba a querer. Pensé que quizás, su corazón también parecería un caballo indio. Pero no sé... Nunca me ha dicho si le gusta.

La Sole dice que la Lola es descafeinada, que no tiene media torta y que es más plana que una tabla de planchar. Eso dice la Sole. Ella, sí, ya empieza a tener unas buenas tetas. El Mohamed y el Santi van de culo por vérselas. El Santi me contó que un día se las dejó tocar un poco. Por encima

del jersey, no por debajo. La Sole le había dicho que podría hacerlo si era capaz de conseguirle unas medias de esas brillantes que llevan las chicas. La Sole quería unas, pero en su casa no se las compraban. ¡A ver!, si valen una pasta. Pues el Santi se hizo con ellas y, luego, le pudo tocar las tetas. La Sole no se las puso para ir al colegio, sino para salir por ahí. Ha empezado a ir de pendoneo sin el Mohamed, sin el Santi y sin mí. Bueno, no siempre. Sólo algunas veces. Se va por ahí, con unos tipos mayores que nosotros. Que le gustan más, y que no juegan a tonterías, sino a juegos de mayores. Por eso no le gusta la Lola, porque la encuentra muy cría. Aunque yo me huelo que no es por eso. Es porque, desde que llegó la india a clase, el Marlon la mira más que a las otras. Claro, como le gustaría ser su padre, pues la trata con más mimo. Le acaricia el pelo y así. El año pasado se lo hacía a la Sole; ahora ya no. A la Sole le da mucha rabia. Me juego lo que quiera a que tengo razón. Además, que el día que el Marlon nos invitó a papear, ese día la Sole había hecho pellas y se perdió la juerga.

Dijo el Marlon: a ver, Mohamed, Santi, Fátima, Lolita y Patapalo, hoy os invito yo a comer; no hace falta que vayáis al comedor social, tengo algo que contaros. ¡Jopé! Nos miramos todos como diciendo: ¿qué le ha dado ahora a éste? Pero, mire, como decía siempre el Juan: a caballo regalado, no le mires el dentado. Que yo entonces, como era pequeño, no entendía qué quería decir, pero él me lo explicó. Pues que cuando te regalan una cosa,... de buten, ¿no? Aunque no sea bien bien lo que tú esperabas. Así que nos fuimos siguiendo al Marlón. Nos llevó al bar de la placita, que dijo que prefería alejarse un poco del barrio para que estuviéramos cómodos, que nos tenía que contar un secreto. ¿Sabe qué era el secreto? Nos lo dijo cuando estábamos ya con los bocatas y las coca-colas en la mesa. Yo le escuchaba, pero sobre todo comía. Porque el bocata de jamón estaba de chuparse los dedos. Ni punto de comparación con los garbanzos o las patatas estofadas del comedor social, ¿sabe? ¿A usted le gustan los bocatas? Yo sólo comería eso... Pero los cuidadores del comedor dicen que es muy importante comer también otras cosas, como garbanzos. Bueno, pues el Marlon nos contó su secreto. Dijo que se le había ocurrido que podíamos hacer una función de teatro. Que la ensayaríamos unas cuantas veces y que, cuando ya la supiéramos muy bien, nos disfrazaríamos y la representaríamos al resto de la

clase. ¡Ni hablar!, gritó el Santi, eso es de niños pequeños y yo no soy pequeño. El Marlon se enfadó un poco. Le explicó que hacer funciones de teatro no es de pequeños sino de mayores. ¿Tú no has visto las comedias de la tele? A ver, ¿y quién las hace? ¿Niños o personas mayores? Personas mayores, contestó el Santi, que se había enfurruñado un poco y se escondía detrás de la lata de coca-cola. ¿Lo ves...?, siguió el Marlon. Además que ¿y si fuera de niños pequeños, qué?, preguntó entonces. Todos nos callamos porque nadie sabía qué había que contestar. El Marlon dijo que lo mejor del mundo eran los niños pequeños y las niñas pequeñas. Y que siempre tendríamos que ser pequeños, como Peter Pan. ¿Cómo quién?, quiso saber el Mohamed, que es un poco burro para según qué cosas. Porque, ¡anda!, si hasta un niño de teta sabe que Peter Pan es una película de un chaval que no quiso crecer y vivía en el país de Nunca Jamás. Yo esa película la he visto un porrón de veces. Cuando la pusieron en el cine de la placita, el Santi y yo nos colábamos cada tarde para verla.

¿Os cuento la obra que vais a representar?, preguntó el Marlon. Vaya, sí. Todos le escuchábamos. Yo sin dejar de comer, que ya iba por el tercer bocata. En cambio la Lola se había parado en el primero. Parecía un poco cansada. Como si tuviera sueño. A veces le pasa eso, a la Lola, ¿sabe, usted? Es porque su madre necesita la casa para trabajar. Y, cuando está dentro con alguien, el Rafa y ella se tienen que ir a la calle a jugar un rato. A veces nos encontramos en el bar La Palmera para poder ver la tele. El Paco no es mal tío y, si no metemos bulla, nos deja quedar en un rincón mirando la película o lo que echen. Bueno, si es el telenoticias, salimos a la calle porque es un latazo. En cambio, si hay anuncios, nos quedamos porque son de alucine; a veces, mejores que las películas. ¿Se ha fijado, usted? O sea, que la Lola bostezaba mucho, y el Marlon se dio cuenta. Es que no se le escapa una, al tío. Yo creo que para ser profesor, uno tiene que ser así. Entonces le acarició el pelo, y le dijo: pobrecilla, qué cansada estás; anda, ven aquí. Y se la sentó sobre sus piernas. A mi me dio rabia. Siempre me da un poco de hinchacha que la acaricie o cosas de esas. Ya sé que él lo hacía como si fuera su padre. Pero hubiera preferido que se sentara sobre mis rodillas. Si hubiera sido mayor y no pequeño, seguro que se hubiera sentado en las mías. Sólo

de pensarlo se me ponía un nudo en la garganta. Ya me estaba dando el colocón, ¿ve, usted? Entonces, el Marlon nos contó la historia.

Dijo que se la había inventado él. Ya se veía; no hacía falta que lo aclarase. Si era una soplapollez. Nada de aventuras, ni de extraterrestres, ni de coches policías. ¡Qué va! Tampoco había pistolas, ni tiros,... En cambio, había un ángel. ¡Un ángel! ¿Se imagina, usted? Un rollo, ¿sabe? Pero, como ya estábamos puestos y además algunos, como yo, íbamos por el segundo bocata, pues, le escuchamos. Ya le digo, era una memez de campeonato: la Lola era una señora pobre, que no tenía dinero para comprar comida a su marido, que era paralítico. El Patapalo, dijo el Marlon. ¡Y un cuerno!, me quejé, si yo no soy paralítico... Es sólo una forma de hablar, dijo el Marlón, ¿lo entiendes? Tú eras el marido de la Lola y no podías andar. ¡Jopé! ¡El marido de la Lola! Eso sí que me molaba, ¿sabe? Entonces la Lola, que las pasaba muy canutas, decidía robar en un puesto del mercado. Le robaba huevos y un pollo a la Fátima, que era la tendera. La Fátima gritaba: ¡al ladrón, al ladrón! ¿Por qué gritaba al ladrón si era una ladrona?, preguntó la Fátima. Es otra forma de decir, explicó el Marlon. Pues yo diré ¡a la ladrona!, replicó la Fátima. El Marlon siguió contando, aunque se notaba que tantas interrupciones le ponían de los nervios. Entonces, llegaba el Mohamed que era un policía y detenía a la Lola y la conducía al calabozo. Cuando llegaban allí, aparecía el Santi, que era un ángel. ¡No me jodas! ¿Un ángel? ¡¿Un ángel?! Yo no voy a hacer de ángel, berreó el Santi. Y se levantó de la silla de un salto. La silla se cayó al suelo y todos los fulanos que estaban en el bar nos miraron. El Marlon dijo: si no dejáis de hacer tonterías, nos largamos ahora mismo, y se terminaron los bocatas y las cocas. Como yo quería el tercer bocata, y los demás también seguían teniendo hambre, nos callamos. El Marlon le dijo al Santi que él tenía que ser el ángel porque era el único un poco rubio. El Santi se puso con las manos en la cintura y los codos para afuera: ¿Y usted cómo sabe que los ángeles son rubios? El Marlón no lo sabía, claro. Pues que sea el Mohamed; además, que yo quiero hacer de policía. El Marlón dijo que el Mohamed era demasiado oscuro. Pero le contestamos que seguro que había ángeles negros. Sí, sí, yo seré el ángel, gritó el Mohamed, que se veía que estaba feliz de poder hacer de ángel negro.

El final de la historia lo contó muy deprisa porque me parece que estaba hasta los huevos de todos nosotros. La Lola se había quedado frita. El Marlon la sacudió muy suavemente y le preguntó si quería un polo. Al oír lo del polo, la Lola se despertó toda. Mientras pensábamos de qué queríamos el helado, el Marlon le volvió a acariciar la cascada de pelo a la Lola. ¡Jo! Es que tiene un pelo... Entonces, de pronto, ella puso una cara rara. Como si un bicho o así le hubiera picado el culo. Y se quedó muy tiesa, como una escoba. Empezó a querer bajarse de encima del Marlon. Al final él la dejó ponerse otra vez en la silla. Bueno, nadie más que yo se fijaba en eso. Yo, como todo el rato miraba a la Lola... En cambio, los demás sólo pensaban en el sabor del helado. La Lola lo pidió de chocolate. Yo, de tres gustos. El Mohamed se lo terminó en una patada, porque le pegaba mordiscos. Yo no puedo hacer eso... Tengo que lamerlo despacito, si no, las muelas me duelen cantidad. En cambio, la Lola se lo metía todo en la boca, y luego lo sacaba todo despacito, alargando los labios para fuera y metiendo las mejillas para adentro. ¿Sabe qué quiero decir? Lo hacía para que se le fuese quedando delgadito, delgadito de la punta. Tan delgado se queda que, al final, es transparente; sólo de hielo. El Marlon la miraba muy fijo, muy fijo, como hace algunas veces.

Cuando terminamos los helados, ya era hora de volver a clase. Había sido un mediodía estupendo. Mucho mejor comer bocatas con el Marlon en el bar de la placita que trincarse unas patatas estofadas en el comedor social...

Un día fue el cumpleaños de la Lola. Cumplía nueve. Ya éramos iguales. A mí, me lo había chivado el Rafa. Yo hubiera querido comprarle un regalo, pero no tenía un duro. Unos días antes de su cumpleaños, me acerqué a los puestos de La Rambla. Pensaba que a lo mejor el Alí me podía dar uno de los peluches rosas y blancos. Yo sabía que a ella eso le iba a gustar cantidad. No podía pagárselo, pero creía que a lo mejor me fiaba, y se lo podía pagar más adelante, cuando tuviera algo de guita. Eso hacen mi madre o la Mari, algunas veces. Pero el Ali casi me corre a hostias. Qué si me había enterado de lo jodida que estaba la vida. Pues, sí, estaba jodida. Tampoco saqué nada de Ingrid. Ésa es una alemana, ¿sabe quién quiero decir? Una muy rubia, muy rubia, que vende pendientes de cuentas de cristal. Le dije que si quería podía ayudarla a vender algunos sábados y domingos, a

cambio de un par de pendientes. Pero no necesitaba ayuda. Bueno, al final, ¿sabe qué hice? Le parecerá una gilipollez, pero eso hice. Fui mirando por el suelo: las aceras, las calles y, sobre todo, el jardincillo del otro lado de La Rambla, donde juegan las criaturas, para ver si le encontraba clips. ¿Sabe a qué me refiero? Esos clips de colores para el pelo. Ya..., ya le he avisado que le parecería una soplapollez. Pero, un día que tenga tiempo, haga usted lo mismo. Se dará cuenta de la cantidad de clips de colores que se tropieza por la calle. Quizás las chicas los van perdiendo sin darse cuenta... Conseguí recoger lo menos doce. Tres los tiré, porque estaban hechos una mierda. Me quedaban nueve. Los envolví en un papel de plata de los del chocolate y se los regalé. Yo vi que la ponían contenta. Muy seria, casi sin sonreír, como es ella, se alzó de puntillas -yo soy más alto que ella- y me dio un beso muy rápido en la mejilla. Otra vez me dio el colocón. Y mi pito empezó a moverse. La Lola dijo que los clips le gustaban mucho. Mucho más que la cinta roja para el pelo que le había dado el Marlon. Claro que le había hecho un regalo. ¿No estábamos en que era como si fuese su padre? Pues se lo tenía que hacer, ¿no? La Lola me dijo que esperase. Yo la vi que se iba al váter y, al volver, ¿qué diría usted que llevaba en su cascada de pelo? ¿La cinta del Marlon? No. Se había puesto tres clips míos en un lado, y tres clips en el otro.

Lo de la obra de teatro del Marlon no estaba tan mal, no se crea. Hombre, es verdad que había que aprenderse algunas frases de memoria y, a mí, eso de memorizar no se me da muy bien. Pero, en cambio, muchos días nos quedábamos una hora más en el colegio. Al Mohamed y al Santi les daba mucho por el culo, que ellos lo que querían era largarse. A mí, sin embargo, me gustaba. Como yo era el marido de la Lola... Y ella tenía que decirme: ay, marido mío, ¿qué vamos a hacer tan pobres? Era una estupidez, ya se lo he contado antes. Sólo que, mientras la Lola me soltaba eso con su voz de peluche, me iba acariciando el pelo. Igual que el Marlon le hacía siempre a ella, ¿sabe? Y a mí, me daba un coloquio, que al salir iba flipado perdido. El Santi y el Mohamed se pasaban el día quejándose, que el Marlon era el palizas mayor del barrio. Ellos lo que querían era salir pronto del colegio para irse a fumar un peta, o por lo menos un cigarrillo. Porque en el colegio, la cosa siempre se pone muy chungueta, ¿sabe? En cuanto que te

encierras en el baño, ya tienes a algún profesor detrás para saber qué leches pasa. Nosotros nunca tenemos pasta para comprarnos cigarrillos. Mucho menos una china, claro. A eso el Rafa nos invita algunas veces, cuando ha pillado algo. Los cigarrillos es distinto. El Mohamed y el Santi siempre me mandan a mí a por palitroques. Ellos creen que es mejor que me ocupé yo porque me enrolló bien con la gente. Bueno, y con las tías, ni le cuento... Ésas son las que se me dan mejor. Me pongo en una esquina de La Rambla a ver pasar al personal. Para elegir, ¿sabe? No me sirve cualquiera. Necesito una tía..., aunque mejor si van dos o tres, porque se ríen más y están más tranquilas. No tienen que ser tías muy jóvenes. O sea, de catorce o así, no me sirven. Tampoco muy mayores. ¿Usted cuantos años tiene? Como unos cuarenta, ¿no?... ¡Ah! Pues como el Marlón, que tiene cuarenta y seis. Eso nos contó hace poco, que ya va para los cincuenta. Pero ¿sabe qué?, el tío sigue viviendo con su vieja. Se ve que le da pena su madre y por eso viven juntos los dos. Yo, en cuanto que sea un poco mayor, me largo de mi casa para no ver más a la mía, ¡oiga! Bueno, viejas como usted o como el Marlon, no. Me sirven las de veintitantos. Además, tienen que ir fumando. Eso es importante, porque si les va el tabaco, entienden que uno esté medio desesperado por conseguir un cigarrillo. Cuando las veo, me acerco a ellas, poniendo cara de pena. Mire, es así. ¿Qué le parece? Es una cara mitad de buen chico, mitad de tristeza... Con las mujeres eso funciona siempre. ¿No se ha fijado, usted? ¡Eh! ¿me dais un cigarrillo?, les suelto. Anda, ya, si eres muy pequeño para fumar, contesta alguna de ellas. Ahí, ya empieza bien la cosa. Porque si no dicen nada y pasan a toda leche a tu lado, es que no hay forma de sacarles un palitroque. Pero si contestan,... ¡al bote! Me enrolló. Como una persiana. Les cuento películas; no de indios, ni del almacén del Farlopa y de la Lola. No. Les largó una historia triste, que dé mucha lástima, y en seguida se ablandan. Luego, las hago reír un rato contándoles cosas cachondas o de miedo. No falla: al final, me regalan algún cigarrillo. De vuelta a la calle, el Mohamed y el Santi me aplauden. ¡Eres un fiero, tío! ¡El más grande, joder! Nos inflamamos a fumar gracias a eso. A la Sole también le damos, cuando aparece. Aunque cada vez la vemos menos... La Lolita no fuma. Si ya le digo: es una niña distinta.

Y tenía que haberla visto el día de la función de teatro. Ese día estaba yo muy nervioso porque la íbamos a hacer delante de toda la basca de nuestro curso. Habíamos llevado algo de ropa para disfrazarnos. Bueno: el Marlon nos ayudó mucho con cosas de su casa. A mí, me prestó una chaqueta negra suya. Me iba un poco grande, pero le doblé las mangas, y tan tranquilo. También me pintó un bigote. ¿Sabe cómo lo hizo? Quemó un tapón de corcho, que se quedó muy negro. Con el tizne, me dibujó un bigote negro y espeso que casi parecía de verdad. Al Mohamed le trajo un camisón azul celeste de su madre. El Mohamed dijo que él, aquello, no se lo ponía ni amarrado. El Marlon dijo que los ángeles llevan túnica, y que nunca se había visto un ángel con vaqueros y zapatillas deportivas. Al final, el Mohamed se convenció. Aunque eso fue cuando echó los ojos encima de las alas que le había preparado el Marlon. Unas alas... ¡Jopé, con las alas! Eran grandes, como de plata y con bolitas de algodón pegadas. Al ver aquel par de alas tan chulas, el Mohamed decidió ponerse el camisón azul. Y el Santi se cachondeó de él un buen rato. Pero lo mejor de todo fue el disfraz de la Lola. El Marlon le puso unos zapatos de tacón negros. Como le quedaban grandes, hubo que rellenarlos con papel de periódico. Y le pintó los labios con una barra brillante y roja. No creo yo que aquel pintalabios fuera de su madre, que una vieja no usaría nunca aquello tan rojo rojísimo para sus morros. Al Marlon le temblaba la mano mientras la iba pintarrajeando. Por eso no le quedó la pintura exactamente encima de los labios, si no un poco salida por fuera. Era como si la Lola tuviera la boca más grande que antes. Estaba rara pero guapa. La Sole, que estaba muy cabreada por no participar, le dijo que se iba a pegar una leche subida en aquellos zapatos tan altos. ¿Usted cree que la Lola se cayó? Pues, no. Andaba de bien... Como si toda la vida se hubiera paseado montada en unos tacones. Y se recogió el pelo en un moño. Oiga, parecía una niña, pero como mayor. ¿Entiende lo que le digo? O sea, que seguía siendo ella, una niña seria y tímida, pero como disfrazada de la Mari. No sé... Una cosa muy extraña. Hasta el Marlon dijo que estaba preciosa.

La función fue un éxito total. El Mohamed, el Santi y yo no sabíamos muy bien por qué. Si era una bobada muy grande... El caso es que la directora del colegio vino a ver al Marlon para felicitarlo. El Marlon estaba contento; se le notaba. Al final, la directora también nos dijo a nosotros que lo

habíamos hecho de miedo. Y dijo que por qué no representábamos la obra delante de los otros cursos del colegio. La Sole estaba muy cabreada y nos dijo que ella no pensaba venir ese día. El Mohamed y el Santi estaban que se salían. Se sentían muy importantes. Bueno, yo también, la verdad. Aquello era casi mejor que las películas de mi cabeza, aunque no hubiera tiros ni extraterrestres ni pudiera salvar a la Lola de los malos. El Mohamed ya empezaba a decir que de mayor sería actor. El Santi no lo tenía tan claro: dudaba entre ser actor o ser pistolero. La Lola casi no decía nada, como siempre. Es que habla muy poquito, ¿sabe, usted? La Fátima estaba preocupada porque el pollo que le tenía que robar la Lola era un muñeco de peluche de su hermana pequeña. Como las dos son hijas de Ali, ellas sí pueden tener peluches rosas y blancos. Pues resulta que el pollo se había descuajeringado del tirón que le había pegado el Santi al detener a la Lola. La Fátima lo miraba por arriba y por abajo, y no estaba por lo que hablábamos los demás. ¿Oyes, Fátima?, le dijo el Marlon, ¿que si quieres volver a hacer la función la semana próxima delante de todo el colegio? Fátima dijo que bueno, que sí, pero que ella no volvía a traer el peluche; que se traería el gato de verdad de su casa, que ni a ella ni a su hermana les iba a molestar mucho si ése se descuajeringaba. Quedamos para hacerla otra vez un día de la semana siguiente, o sea, hoy.

Esta tarde el Marlon nos ha traído para disfrazarnos, además de las cosas de la semana pasada, alguna nueva. A mí, un sombrero. Me iba grande y me tapaba los ojos. Pero lo hemos rellenado con un trapo y entonces ya no se me caía hasta la nariz. Al Santi le ha traído un casco amarillo. De esos de las obras, ¿sabe, usted?. El Santi no se lo quería poner porque decía que no era de policía. Al final, el Marlon le ha convencido. Le ha dicho que era un casco de policía galáctico, o sea, del espacio. Para el Mohamed había preparado como un aro de oro, de esos que llevan los santos. Y a la Lola le había traído una combinación negra toda llena de puntitas. El Mohamed ha dicho que no quedaba bien que la Lola fuese en ropa interior. Pero el Marlon le ha contestado que no se entera de nada. Que aquello no figuraba una combinación, sino un vestido de verano fresquito. El Mohamed ha dicho que bueno, pero que a él le seguía pareciendo una combinación. La Lola se la ha puesto. Le quedaba muy bien. No se crea

usted que grande y fachosa como el camisón azul celeste del Mohamed. Para mí que la combinación negra no era de la vieja del Marlon.

Esta vez, hemos hecho la función en la sala de actos del colegio. Tiene un escenario alto. Y muchas sillas delante. Estar allí arriba, con tanta gente mirando, daba un no sé qué. La Sole no ha venido, tal como prometió. A mí, me dolía la barriga. Pensaba que quizás me olvidaría de lo que tenía que decir. Pero cuando la Lola me ha hablado con su voz de peluche blanco y rosa, se me han pasado los retortijones. Ya no tenía miedo. Además, los de las sillas se callaban como si fueran mudos. Eso es muy raro en mi colegio, ¿sabe, usted? Siempre hay mucho follón. Se ve que les estaba gustando y por eso no hacían el cafre. Y, sí, hemos vuelto a triunfar, oiga. Nos han aplaudido a rabiar, aunque al Mohamed le había dado un ataque de risa cuando tenía que decir: yo soy un ángel. El público también se ha reído, como si aquella fuera una parte graciosa de la obra. Claro que igual se mondaban por la facha que traía el Mohamed. ¡Jo! Porque entre el camisón azul celeste y la corona de santo, tenía una pinta... El Marlon ha tenido que subir al escenario a saludar. La verdad, ha sido muy emocionante. Entonces ha subido la directora y ha echado un discursito. Ya nadie la escuchaba. Todos los de las sillas hablaban y se movían y tiraban papeles por el aire. En fin..., lo normal. Luego, el público se ha largado, menos los profesores, que se han quedado con nosotros y con el Marlon. Todos estábamos muy contentos. La directora ha dicho que quería celebrarlo un poco. Y ha sacado unas naranjadas para los niños y champán para los mayores. Al cabo de un rato, los mayores charlaban y metían más bulla que los niños. Sobre todo el Marlon, que hablaba muy alto y se reía muy fuerte. Estaban tan entretenidos que el Mohamed y el Santi han decidido largarse a ver si el Rafa tenía un peta y podían ellos celebrarlo como la cosa se merecía. Yo me he quedado para estar con la Lola. La Fátima seguía preocupada con su pollo roto. Porque el Marlón no le había dejado que se trajera su gato de verdad. ¿Y si se escapa por el escenario?, le había dicho, ¿no ves que se va a montar un follón terrible? Así que la había convencido para traer de nuevo el peluche. Y con los tirones que le había pegado el Santi, estaba el pobre que se caía a trozos. Una profesora le decía a la Fátima que no se preocupara, que aquello se podía arreglar; que la iba ayudar a coserlo. El Marlon cada vez estaba

más colorado y más bullanguero. Oiga, él, que siempre habla flojito, como si le diera miedo molestar al personal, iba dando unos voces... La Lola me ha dicho que quería limpiarse antes de ir a casa. Yo le he contestado que también me quería quitarme el bigote de tizne. Así que hemos cogido nuestros vasos de naranjada y nos hemos ido al váter de las niñas.

Está prohibido que los niños entremos en el váter de las niñas, ¿sabe? Pero hoy era una tarde especial y nos lo hemos pasado por el forro. Antes de limpiarnos, nos hemos sentado debajo de la ventana a beber las naranjadas. Al principio estábamos los dos callados. Yo no sabía qué decir. Como siempre que estoy a su lado, me había dado ese colocón y me sentía flotando en una nube. Era la primera vez que ella y yo estábamos solos. Sin darme cuenta me he puesto a pensar en mi película favorita, ésa en la que salvo a la Lola sacándola del almacén del Farlopa, ¿se acuerda? ¡Jopé! Ya me veía sentado junto a la fuente de la placita. Bueno, pues no era la fuente de la placita pero era el lavabo del váter de las niñas. Tampoco estaba mal, aquello. Sólo que la Lola ni decía nada, ni me daba un beso, como en mi película. Estaba muy callada. Con los labios más rojos que nunca, por el pintalabios que le había puesto el Marlon. Todavía no se había quitado la combinación negra de puntillas. Iba descalza, porque, como le resultaba un latazo muy cansado andar subida en aquellos zapatos de tacón, los había dejado tirados en el escenario.

Estaba yo soñando en salvarla y, de pronto, la Lola ha dicho: si fueras mayor podríamos irnos los dos lejos de aquí, y no volver a ver nuestras casas, ni este colegio, ni al Marlon,... Me he quedado lelo. Que tuviera ganas de marcharse de su casa, lo entendía. Yo también quiero irme de la mía como hizo el Juan. Un día, cuando sea mayor, me largaré, ¿se lo he dicho a usted? Lo que yo no entendía era por qué quería marcharse del colegio, si a ella le mola mucho estudiar y esas cosas que a mí me la traen al paio. Y, sobre todo, ¿por qué quería perder de vista al Marlon? Si él siempre la trata mejor que a las demás, como si fuera un padre de los de verdad. No entendía por qué había dicho eso, pero me daba lo mismo, porque lo que me había dejado turulato era que quisiera irse conmigo. ¿Se da cuenta? Era como si ella también tuviera una película en la cabeza. Una película en la que yo la salvaba, ¿verdad? Me dio más colocón, aún. Entonces, me puso su mano

sobre el brazo. Me quedé sordomudo total. Y con el pito moviéndose más que nunca. Yo miraba la pared de enfrente, donde alguna niña había escrito con letras de palo: Mientras cago, pienso. Y debajo, con otra letra, alguien había escrito: Pues no pienses tanto que apesta. Yo no entendía muy bien por qué pensar echaba mal olor. No lo entendía, en serio. Tampoco entendía por qué la Lola no quería ver más al Marlon y por qué quería marcharse conmigo y me había puesto la mano sobre mi brazo. No lo entendía pero me gustaba mucho. Su mano era pequeñita, y estaba caliente. Entonces, la Lola me ha acariciado un poco el brazo y me ha dicho: ¿quieres que seamos novios? ¡Jopé! ¿Novio de la Lola? ¡Vaya potra! No podía contestar porque seguía sordomudo. He movido la cabeza así, ¿ve, usted?, para que ella supiera que sí quería ser novio suyo. Entonces ha apretado sus labios contra los míos. Mi pito se ha movido como si fuera un pez. Cuando los labios de la Lola se han despegado de los míos, he visto que mi bigote negro se había quedado marcado entre su boca y su nariz. Daba un poco de risa. He notado que dejaba de estar sordomudo. Le he podido preguntar: ¿ahora ya somos novios? No, ha dicho ella; todavía falta algo. Y se ha quedado pensando, como si no supiera bien qué era lo que faltaba. Al final, se ha levantado y me ha dicho: ven, vamos a hacer pipí juntos; eso es lo que nos falta para ser novios. Hemos entrado en uno de los cuatro cuartitos donde están los retretes. Ella se ha bajado las bragas y yo me he bajado los pantalones. Aunque no me hiciera falta, era mejor, creo yo. Nos hemos mirado. La rajita de la Lola no era como la de la Mari porque no tenía ni un pelo. Y entonces, antes de que pudiéramos hacer pipí y acabar de ennoviarnos, he visto al Marlon, muy rojo, gritando sobre nuestras cabezas. Me ha pegado una hostia de campeonato y me ha chillado: ¡fuera de aquí, cerdo; lárgate a tu casa! Yo me he subido los pantalones para poder andar. Cuando ya salía, la Lola me ha mirado con sus ojos oscuros como la fuente de la placita y me ha dicho: no. Nada más. No ha dicho nada más. Yo he salido al pasillo y me he quedado quieto. No me he ido cagando cocos a mi casa. No estaba seguro de querer irme. ¿Podía dejar a mi novia allí? ¿Tenía que salvarla? ¿Me iba a pegar más el Marlon si no me daba el piro en seguida? Yo nunca había visto al Marlon tan cabreado. Ni tan rojo. Ni tan..., ni tan borracho, eso es verdad. Que llevaba una cogorza como las que pilla mi madre algunas noches. Y la

Lola estaba con él. Pero ella había dicho que lo que quería era que fuésemos mayores para no ver nunca más al Marlon. Así que yo no podía abrirme. Me tenía que quedar y sacarla de allí, ¿no? En esas estaba, sin saber muy bien qué hacer y un poco acojonado. No sé cuánto rato había pasado mientras yo piensa que piensa en lo que debía hacer, cuando la he oído gritar. La Lola gritaba, sí. Ya no lo he rumiado más. Tenía que entrar y salvarla, como si el váter de niñas fuera el almacén, y el Marlon, el Farlopa. He abierto la puerta del váter. La Lola seguía en el cuartito del retrete. Estaba en el suelo sin las bragas, y lloraba. Al Marlon, yo no le podía ver porque estaba detrás de la puerta. Pero él sí me ha visto a mí y me ha gritado: ¿ves qué le has hecho? Le has hecho mucho daño. Pero, en serio se lo digo, la sangre no se la he hecho yo. De eso estoy seguro. Quizás ha sido ella sola. Se habrá caído o algo así.

Estrasburgo, 2000